

su autor. Tambien el arzobispo de la capital , antes de su destierro á la Trapa , dió á luz un mandamiento contra la obra proscribiéndola por entero. Sabedor Rousseau de la órden dada por el parlamento , tomó la fuga y fue á buscar un asilo en su pátria ; pero tuvo el sentimiento de ver tambien allí censurar su libro , pues el 19 del mismo mes el consejo de Ginebra condenó al fuego el Emilio y el Contrato social y ordenó perseguir al autor. Refugióse entonces en Neuwchatel , donde la proteccion del Rey de Prusia le puso al abrigo de las inquietudes que le habian suscitado sus propios escritos. Desde su retiro de Motiers-Trabers publicó su *Carta de Juan Jacobo Rousseau , ciudadano de Ginebra , á Cristóval de Beaumont , arzobispo de París*. Tal fue el título del escrito con que el autor pretendió justificar el Emilio contra el mandamiento del prelado. Al oírle , solo habia sido condenado por cábala : hablaba sin cesar de sí mismo , de los obstáculos y persecuciones á que estaba expuesto : creia ver á todo el universo coligado para perderle , y aseguraba modestamente que si hubiese existido en Europa un gobierno sábio é ilustrado , hubiera hecho honores públicos y levantado estátuas al autor del Emilio. Poco despues fue cuando dió las *Cartas de la montaña* en respuesta al decreto dado contra él en Ginebra. Esta nueva produccion en la que confirma y agrava lo que habia dicho contra los milagros , le atrajo tales contradicciones de parte de los ministros protestantes con quienes no queria contemporizar , que le obligaron á dejar la Suiza , y se trasladó á Inglaterra donde se embrolló tambien inmediatamente con los que

le habian acogido. El parlamento de Paris condenó las Cartas de la montaña en su decreto de 19 de Marzo de 1765.

52. Otra obra de muy diferente especie que las sobredichas llamó por este tiempo la atención de la Cabeza de la Iglesia , y de muchos prelados y doctores. Apareció esta obra en Alemania en 1763 , escrita en latin y con el siguiente título : *Justini Febronii de statu presentis Ecclesiae liber*. Bajo este nombre se ocultaba el verdadero autor Mr. Nicolás de Hontheim , obispo de Miriofita y auxiliar del arzobispo elector de Tréveris. Trece años antes habia dado á luz el mismo escritor la Historia diplomática de Tréveris en dos tomos , que le atrajo la estimacion y celebridad en Alemania ; despues abrazó un sistema que veremos luego prevalecer en aquel país. La inmediacion de los protestantes , los progresos de la filosofia , el deseo de lisonjear á los Soberanos y el amor de la mudanza habian introducido en Viena y en otras partes una enseñanza mas análoga á las ideas de algunos novadores que á la doctrina antigua y comun. Los defensores de este sistema afirmaban que no querian haberlas sino con los abusos , y bajo este pretexto reformaban imperiosamente los usos que no eran análogos al plan que se habian formado. Al oírles , la Iglesia estaba en estado de desolacion y ruina : su gobierno era vicioso , sus leyes tiránicas , supersticiosos sus usos , abusiva su disciplina y hasta su doctrina desfigurada. Hallaban defectos sin número en este edificio levantado por el Hijo de Dios , y querian reedificar de nuevo la obra que suponian imperfecta ó viciada por el

tiempo. La autoridad central del Pontífice que desde Roma vela sobre todo el mundo cristiano, ha parecido incómoda á todos los novadores; despojábanle éstos de sus derechos, y contestábanle el dominio temporal que añade á la dignidad del Pontífice el esplendor del poder Soberano, y que afecto á la santa Sede en una larga sucesion de siglos, presenta la prescripcion mas antigua y unos títulos no menos sólidos que aquellos sobre que están cimentados los demás gobiernos de Europa. Atacaban luego su potestad espiritual tan respetable por la fuente de que dimana, por su objeto, por su antigüedad y por las ventajas que ha producido. Reducian á la nada aquella Cátedra principal fundada por el primero de los apóstoles, aquel centro de unidad al que es necesario estar unido para ser reputado católico, aquella Silla cuya brillantez refleja sobre toda la Iglesia y aquel tribunal de donde partieron tantas decisiones sólidas y luminosas, cuyos decretos ha confundido tantas veces el error.

El obispo de Miriofita Mr. de Hontheim, uno de los mas célebres y moderados partidarios de este sistema, supone que la Iglesia es una especie de república, en que el Papa no ha podido sin usurpacion arrogarse el poder de que goza. La autoridad, segun dice en su Febronio, pertenecia al cuerpo entero de la Iglesia, la cual entregaba su ejercicio á los pastores. Partiendo de este principio, apenas admite en el sucesor de San Pedro otros privilegios que los que son propios de los demás obispos; y en algunas partes atribuye á la potestad temporal derechos pertenecientes á la eclesiástica. Se ha acusado al

autor del Febronio de contradicciones chocantes, de citas arriesgadas, y de invectivas contra los que no eran de su sentir: díjose tambien que Mr. de Hontheim habia tenido por compañero en la redaccion de su obra á un canónigo de Tréveris llamado Neller, lo cual, si es cierto, sirve para explicar por qué apenas se halla conformidad en el libro, y por qué se confiesa en un lugar lo que se niega en otro. Por egemplo, en unas partes concede Febronio al Papa la primacía, no solamente de honor, sino tambien de potestad y autoridad sobre todas las iglesias; en otras no reconoce en su primado jurisdiccion alguna: ora le parecen los concilios generales los únicos jueces infalibles de las controversias; ora atribuye tambien este derecho á la Iglesia dispersa.

53. Como quiera que esto fuese, lo cierto es que la publicacion del Febronio produjo extraordinaria sensacion en Alemania: mirábanle unos como el escrito mas sólido y mas profundo; otros no veian en él sino una repeticion de las declamaciones de los protestantes y de los que en los últimos tiempos habian marchado sobre sus pisadas. Clemente XIII, despues de un exámen detenido y de haber consultado á varios teólogos, condenó la obra por su breve de 14 de Marzo de 1764 dirigido al Príncipe Clemente de Sajonia, obispo entonces de Ratisbona. El arzobispo de Colonia, los obispos de Constantza, Augsburgo, Lieja y otros, se unieron al Papa para condenar el libro. Dedicáronse tambien muchos teólogos alemanes á manifestar sus errores y refutar sus principios, distinguiéndose principalmente Zacarías, Froben, Zech, Kleiner y Feller que escribieron

con mas ó menos estension contra el obispo de Miriofita. No contento aun el Papa con lo que habia practicado y queriendo precaver mas y mas el peligro, escribió á los electores de Maguncia, Tréveris y Colonia, al cardenal de Rodt, obispo de Constanza, á los obispos de Herbípoli, Flesinga y Augusta y al arzobispo de Praga, recomendándoles encarecidamente que se opusiesen á la diseminacion de aquella obra *herética, mas apta, decia el Pontífice, á pervertir á los católicos que á convertir á los hereges, y dirigida á arruinar hasta los fundamentos la cátedra romana con doctrinas absurdas tomadas de los enemigos de la santa Sede.* Tantos tiros asestados contra el Febronio hubieran debido desengañar á los partidarios de sus errores; pero las prevenciones que le habian puesto en crédito continuaron en preconizarle. Esparciéronse sus principios y penetraron hasta en las universidades, en muchas de las cuales se vió bien pronto prevalecer una teología y un derecho canónico fundados sobre bases del todo nuevas, y que se asemejaban mas á la enseñanza de los protestantes que á la de las escuelas católicas. A su tiempo veremos al obispo de Miriofita retractarse pública y sinceramente de todos los errores contenidos en su obra.

54. Tantas y tan grandes atenciones que arrebatában continuamente el ánimo de Clemente XIII, no impidieron á este celoso Pontífice el procurar á la Iglesia aquel género de esplendor que proviene de la publicacion de las virtudes de sus santos hijos. Devoto este Papa y admirador de las que habia practicado durante toda su vida su pariente y antecesor en el obispado de Pádua

el venerable Gregorio Barbárico, determinó celebrar su apoteosis con toda solemnidad. Verificóse en efecto la sagrada ceremonia de este rito con toda magnificencia en la basílica del Vaticano. Veíase adornado el exterior de aquel gran templo con colgaduras preciosas recamadas de oro y plata, y colocada sobre su puerta principal una gran lápida con la siguiente inscripcion: *Gregorius, cardinalis Barbárico, fustis beatorum solemniter adscriptus.* Correspondia el interior de la basílica á la decoracion exterior, viéndose en todos sus ángulos semejantes colgaduras y adornos con varias estatuas é inscripciones que representaban las principales virtudes y acciones del nuevo beato. Hechos ya todos los preparativos, el cardenal arcipreste publicó el breve de beatificacion á presencia de una inmensa muchedumbre, cantóse luego el *Te-Deum*, y descubiertas las imágenes y reliquias del nuevo beato fueron veneradas por el Papa, los cardenales y demás eclesiásticos y por todo el pueblo.

55. Nacido en Venecia en 1625 de una de las principales familias de aquella famosa ciudad, y educado en su propia casa bajo la vigilancia de su padre no menos prudente que sábio, pasó luego el jóven Barbárico á completar el curso de sus estudios en la universidad de Pádua, donde hizo admirables adelantamientos en las matemáticas, en la filosofía y en la jurisprudencia, á las que añadió el estudio de la historia y de la lengua griega. A la edad de diez y nueve años emprendió sus viages á las principales córtes de Europa, y antes de volver á su pátria asistió en Munster á aquel célebre

congreso en que se concluyó la paz general, que durante siglo y medio sirvió de base al equilibrio de Europa y de código á la política y á la diplomacia. En medio de todo esto no omitió el jóven Barbárico ninguno de los ejercicios de piedad y devocion que habia practicado desde niño, haciéndose admirar de todos cuantos le observaban. El principal de estos Monseñor Chigi, despues Papa con el nombre de Alejandro VII, prendado de las virtudes del patricio veneciano, deseó vivamente verle consagrado á la vida eclesiástica. Despues que compiló las actas del congreso de Munster, siguió Barbárico su viage á las córtes de Alemania, á las principales ciudades de Flandes y finalmente á París, de donde volvió á Venecia lleno de conocimientos útiles y sin ninguno de aquellos vicios que suelen contraer los jóvenes viajeros. Apenas restituido al seno de su familia y pátria, eligióle el senado de Venecia para los primeros empleos de aquella córte, que desempeñó por espacio de tres años con aplauso universal; pero llamado de Dios á un estado mas perfecto, renunció sus cargos, determinó consagrarse al divino servicio en el estado de presbítero secular, y volvió á Pádua para estudiar el derecho canónico y la teología. Consagrado entretanto el Papa Alejandro VII y conservando la idea que habia concebido de Barbárico en Munster, indicó al embajador de Venecia que deseaba verle y que se trasladase cuanto antes á Roma. Avisado de ello y creyendo que esta era la voluntad de Dios, despues de recibir la borla doctoral en Pádua y la orden del presbiterado en Venecia, partió á Roma en Marzo de 1656 á los treinta y un años de su edad.

Recibióle Alejandro VII con extraordinarias demostraciones de afecto, dióle el título de prelado doméstico, y para hacer experiencia de sus talentos y aplicacion le anumeró entre los refrendarios de ambas signaturas. Barbárico ordenó entonces su vida distribuyendo el tiempo entre las ocupaciones de su ministerio, el despacho de los curiales, el estudio de la teología y santos padres y las obras de piedad. Su casa y su persona presentaban el modelo de un eclesiástico perfecto por su modestia, desprendimiento y total desprecio del fausto y vanidad tan comun y autorizada en aquella capital. Declaróse en Roma por entonces el contagio que ya de mucho tiempo infestaba algunos pueblos del reino de Nápoles, y comenzó á causar grandes extragos en la parte de la ciudad llamada Transtiberina. Instado entonces nuestro prelado por los avisos de su padre, veíase en la precision de retirarse de Roma, cuando supo que el Papa le habia nombrado presidente de la junta de sanidad de la region mas infestada. Debía en calidad de tal visitar una por una todas las casas de la region, formar el registro exacto de los habitantes, separar los apestados de los sanos, cuidar de la asistencia espiritual y corporal de aquellos y tomar en una palabra todas las medidas necesarias para que no se extendiese el mal. Viendo así abierto un campo tan vasto para hacerse útil y egercer su caridad para con el prógimo, emprendió Barbárico su obra con tal empeño y con tan generoso sacrificio, que la region Transtiberina, la mas infestada y mas miserable por la calidad de sus habitantes, fue la mas asistida de todas. Viósele á las veces solo, abandonado

de los asistentes, de los que algunos habian contraído el mal, desconsolado por ver infestada su propia familia, marchar intrépido á la asistencia de su barrio, repartir por sus manos los necesarios socorros á los enfermos y atender hasta á la sepultura de los cadáveres. Todo lo llenó con increíble exactitud, y la ciudad y la córte quedaron edificadas de su caridad y celo apostólico.

56. Un año despues quedó privada de su propio pastor la iglesia de Bérghamo, y aunque fueron muchos los concurrentes á ocupar su silla, manifestó el Papa que la habia destinado para Barbárgo. Resistióse éste á aceptar su nombramiento protestándose insuficiente para tan sublime cargo; mas el Pontífice, aunque alabó su modestia y humildad, le hizo decir que le habia elegido obispo de Bérghamo y que debia obedecer y adorar las disposiciones de Dios. Consagrado en consecuencia en Roma, trasfirióse inmediatamente á su iglesia, y queriendo desde el primer instante llenar todas las partes de un buen pastor, propúsose por modelo y copió fielmente al grande arzobispo de Milán San Carlos Borromeo. Sabedor de que el obispo debe hacerse á sí mismo la norma de su grey, emprendió un género de vida que pudiese servir de egeemplo á todos; y los egercicios de piedad, el gobierno de su diócesi y el estudio partian exactamente su tiempo. Estableció en su propia casa las reglas de una vida irrepreensible; por manera que mas pareció un monasterio austéro que un palacio episcopal. Cualquiera de sus familiares eclesiásticos que mantenía algun trato con el mundo que no fuese propio de su

estado, era despedido al momento. Para radicar en el clero la verdadera doctrina y piedad, reformó su seminario y mandó que se observase en él la regla dada por San Carlos á los colegios de Milán, y luego aumentó sus rentas y el número de seminaristas. Instituyó en todas las parroquias una congregacion á la que debian asistir al menos una vez cada semana todos los clerigos jóvenes que no podian ser educados en el seminario, so pena de quedar privado de ulterior promocion el que faltase. Exigia rigurosamente de los párrocos el exacto cumplimiento de las dos partes mas esenciales de su ministerio, á saber, la de enseñar á los niños y la de predicar al pueblo en todos los dias festivos. Introdujo en Bérghamo la escuela de la doctrina bajo el mismo pie de las de Milán, asistia él mismo en persona, y egerciendo por sí el oficio de catequista atraia mayor crédito y concurso á tan útil establecimiento. Egercitaba tambien frecuentemente el ministerio de la palabra, y predicaba con tanto fervor y energia, que habiéndose hallado presente á uno de sus sermones otro obispo, dijo que solo entonces habia podido formarse una idea de cómo debieron predicar los apóstoles en el dia de Pentecostés despues que recibieron el Espiritu Santo. Pero en ninguna otra obra manifestó mayor celo el santo obispo que en las frecuentes visitas de su diócesi. Hacíaslas por sí mismo, predicaba, catequizaba, confirmaba, oia las confesiones y administraba todos los demás Sacramentos como si fuese el propio párroco. Informábase exactamente de todo lo que ocurría en los pueblos, y con incansable actividad acudia á destruir las enemistades,

á establecer la paz entre las familias, á socorrer á los necesitados, á visitar á los enfermos, á promover las prácticas de piedad, y en una palabra á hacerse todo para todos á costa de inmensos trabajos y sacrificios. La fama de estos bienes que procuraba á su diócesi, confirmó al Pontífice en la grande idea que habia formado de Barbárico, y en 1660 lo promovió á la sagrada púrpura. Pero la nueva dignidad en nada le hizo inmutar su tenor de vida: la misma pobreza, la misma austeridad y la misma penitencia que en todo tiempo fue en él extraordinaria. Al conferirle el cardenato, le asignó el Papa espontáneamente las rentas de algunos beneficios y abadías para que pudiese sostener el debido esplendor de su dignidad; pero él trató de renunciarlas á egemplo de San Cárlos, y solo las admitió por expreso mandamiento del Papa que estaba bien persuadido de que ningun otro haria mejor uso de ellas.

57. Mientras que el nuevo cardenal se ocupaba con su acostumbrado celo en el gobierno de su diócesi, llamóle á Roma el Pontífice para tratar con él algunos negocios de suma importancia, y permaneciendo todavía en la capital llegó la noticia de la muerte del obispo de Pádua. Corrió inmediatamente la voz de que seria trasferido á aquel obispado, lo cual le hizo apresurar su regreso á Bérgamo; mas apenas habia llegado á esta ciudad, recibió el aviso de que el Papa le habia elegido para la nueva vacante. No hubo medio de que no echase mano para disuadir al Pontífice, ya escribiéndole directamente, ya interponiendo la mediacion de algunas personas; pero todo fue en vano, el Papa se mostró

inflexible y lo preconizó obispo de Pádua en 1664. Obligado de este modo á despedirse de su amada grey que tan santamente habia regido por espacio de siete años, salió de Bérgamo entre las lágrimas de aquel pueblo reconocido, y encaminóse á Venecia de donde pasó improvisamente á Pádua sin haber premitido ningun aviso para evitar los honores y públicas demostraciones. Su primer cuidado en la nueva diócesi fue la reforma del seminario, empresa verdaderamente árdua, ya por la escasez de las rentas que le estaban asignadas, ya por la estrechez del edificio donde solo se contaban once alumnos. No desmayó sin embargo; aumentó las rentas, construyó un edificio capaz de contener doscientos habitantes y estableció treinta y tres maestros excelentes de todas facultades. Por consejo del cardenal Tomasi colocó en el nuevo seminario una magnífica imprenta con toda clase de caracteres latinos, griegos, hebraicos, siríacos y arábigos para que pudiesen imprimirse en toda lengua los libros útiles á la república cristiana: monumento perene de su munificencia, digno de la gratitud no solo de Pádua sino tambien de toda Italia y de todo amante de las ciencias. Al mismo tiempo que el seminario, fundó el colegio destinado á la educacion de los nobles venecianos, instituyó la congregacion de oblatos semejante á la de Milán, y otras dos, una mensual para las conferencias de moral entre párrocos y confesores, y la otra semanal para todos los eclesiásticos. Las decisiones de estas conferencias mandábalas imprimir y circular para la instruccion de los clérigos jóvenes. Por lo demás, el mismo celo, la misma actividad, igual